

## OTRA INCÓGNITA

ENCIENDO la radiolina del coche y me golpea brutalmente la noticia del crimen. Han asesinado a Gregorio Ordóñez, hombre destacado y esperanza cierta del Partido Popular en el País Vasco. Deja una viuda joven y unos hijos pequeños. El terrorismo siembra el luto y la orfandad por donde cruza. Pero hoy este nuevo asesinato siembra algo más, siembra algo parecido a la desesperanza si fuese legítimo en estos momentos perder el don divino de la esperanza.

Ningún crimen del terror tiene sentido. Lo único que consiguen los que matan, y matan, y siguen matando sin cansancio y sin pausa es regar España de sangre y el luto, ofrecer más mártires a la libertad y a la democracia, a la ilusión de paz y al proyecto de convivencia. Es terrible eso de matar sin sentido, de echar la muerte a voleo por los campos y las ciudades. Pero esta muerte es diferente. Y la pregunta que inmediatamente tiene uno que hacerse, tras el primer rictus de dolor y de solidaridad humana con la familia de Gregorio Ordóñez, es ésta: ¿tiene esta muerte, tiene este crimen un sentido que no tienen las otras muertes del terrorismo? ¿Son los mismos etarras de otras veces los asesinos de hoy? ¿Son otros los criminales o es otro este crimen?

Me hago muchas preguntas a las que no puedo responder porque aún no dispongo de información suficiente ni siquiera de algunos provisionales elementos de juicio. No sé si los expertos atribuyen o no este asesinato a los comandos etarras. No sé si las circunstancias invitan a pensar en otro terrorismo diferente al que conocemos. Porque ETA no mata políticos. Hace aproximadamente diez años asesinó al senador socialista Enrique Casas, pero ése es otro acto sin precedente y sin consecuente hasta hoy en la historia siniestra del terrorismo etarra. Es más, es posible que en el asesinato de Casas concurrieran circunstancias singulares, no apreciables en las acciones acostumbradas de los etarras. No lo sé.

¿Qué sucede para que los terroristas de ETA, si es que



son ellos los autores de esta muerte, hayan abandonado su estrategia habitual y se hayan decidido a asesinar también a políticos? Militares, jueces o fiscales, empresarios, policías y guardias han constituido hasta hoy las profesiones donde los etarras buscaban a sus víctimas. De una manera que no podemos calificar de inconsciente o de azarosa, los terroristas evitaban matar a los políticos de una u otra ideología o de uno u otro partido,

como también nos perdonaban la vida a los periodistas. Asesinaron, sí, al periodista José María Portell, pero también ahí concurrían circunstancias tal vez singulares. Por cierto, que asistí a aquel entierro, con Carlos Luis Álvarez «Cándido» y con el pobre Pedro Rodríguez, que se comía valientemente su miedo, acompañando a Pío Cabanillas, ministro de Información entonces y amigo inolvidable.

Resulta imposible evitar un primer movimiento de extrañeza. Matan a un político, y además en vísperas electorales. Gregorio Ordóñez iba a ser el candidato más votado para alcalde de San Sebastián, y quizá también el más joven. Pero esas circunstancias no despejan la incógnita. Y tampoco se puede soslayar que la tal incógnita se produce cuando el país se halla enzarzado en un debate político demasiado alterado, si no convulso, sobre otra famosa incógnita, la «X» de los Gal. No faltará quien, de una manera irremediable, intente justificar ahora, bajo la conmoción lógica que produce esta noticia, el crimen o el terrorismo de Estado, y quien defienda la ley del Talión, el ojo por ojo y diente por diente contra los terroristas, aplicada por las fuerzas que deben servir al Estado de Derecho y no a la venganza sin códigos, ni jueces ni eso que ahora tanto se nombra: la presunción de inocencia.

Hay que reconocer con dolor que el fracaso de los gobiernos socialistas en la lucha contra el terrorismo, la legal, la ilegal y la del Gal, ha sido y es realmente clamoroso.